

ENTRE-VISTA: Las revelaciones de un caleidoscopio

Alejandra Luz Díaz*

Como toda una investigadora, abordo de un taxi, con libreta en mano, una pluma y grabadora, pienso en las preguntas que empecé a hacerme tiempo atrás. Incluso antes de comenzar la aventura como estudiante de la maestría en Gestalt. ¿Cómo resignifican su sentido de vida las mujeres indígenas o de zonas rurales al laborar como trabajadoras del hogar en la ciudad? ¿Cómo se ven impactadas sus motivaciones a partir de la relación con sus empleadores, realizando un trabajo “informal”? Claro que habrá quienes se pregunten por qué me interesa saber cómo es la experiencia de vida de las *muchachas*. Si sólo se trata de planchar o lavar, de ordenar la casa patas *pa’rriba*. O puede ser que sea obvio que ahí van viviendo como pueden. Todos le hacemos así. Pero yo quiero saber cómo viven ellas el día a día en un país donde se les discrimina: primero por ser mujeres, luego por ser indígenas, y después por ser *sirvientas*. Porque ¿qué otra cosa sabe hacer? Además, son *malagradecidas*, y hasta *malditas*, se atrevió a escribir en un diario Daniel Bisogno, conductor de un programa de chismes en televisión abierta. Claro que de alguna manera nombra lo que muchos piensan acerca de ellas. “*Se fue como las chachas*”, dicen las personas cuando refieren que alguien se marchó sin avisar. Y me pregunto si las *chachas* deben avisar a sus *patrones* que quieren regresar a su pueblo o cambiar de empleo, o simplemente irse, cuando nunca firmaron un contrato. No hay paso a la liquidación, ni a nada de nada. Entonces creo que en su lugar, yo también recogería mis triques y me iría.

Llego, el portón blanco de la casa y la numeración me indican que es allí donde debo bajar. Toco el timbre y de inmediato, la chica pregunta por el interfón:

—¿Quién? ¿Quién toca?

—Soy yo.

* Licenciada en psicología por la Universidad del Valle de México y tiene estudios de posgrado en el Instituto Humanista de Psicoterapia Gestalt. Cursó un taller de creación literaria en la FES Acatlán, un diplomado de escritura creativa en la Fundación Elena Poniatowska, y talleres de cuento en Tejiendo historias (de la librería Sra. Dalloway) con la escritora Cecilia Magaña. Se dedica a la consulta psicoterapeuta, a la docencia, a escribir cuentos y relatos.



—Ah, ya llegaste— contesta, casi al mismo tiempo que escucho la voz de la señora de la casa muy cerca de la puerta para abrirla.

La miro, es delgada y trae cabello corto. Tendrá unos sesenta años.

—Ahorita le hablo para que venga a platicar contigo, no quiere que estés con ella mientras trabaja—, me dice a manera de presentación.

Agradezco el permiso, le pido que me regale unos minutos para platicarle de mi proyecto. Le cuento. Me pregunta.

—¿Cuántos años tienes? —, y anuncia de inmediato antes de escuchar mi respuesta: —Yo la trato muy bien, la quiero como a una hija, ella es la mejor que he tenido. Me la llevo de vacaciones... Hay quienes las maltratan, yo no, es tan atenta, se acuerda de darme mis pastillas. Pero bueno, cuando quieras le hablo. Ella dice que no le gusta que la entrevistes cuando hace sus quehaceres.

Sus aseveraciones me desconciertan, se dirige al estudio para presentarme a su esposo, quien me recibe en bata a la Mauricio Garcés. “¡Cuánta confianza!”, pienso. El señor expresa que la quieren mucho, que le está enseñando a usar la computadora. De pronto, aparece ella, la chica de 25 años que empezó a laborar como trabajadora del hogar a los 16.

—Hola—, me saluda emocionada.

Ya nos conocíamos, hace 7 años trabajaba en casa de mi hermana. Le pregunto si hay algún problema con que la grabe y sigamos platicando mientras continúa con sus quehaceres.

—No hay problema—, avisa sin chistar.

La sigo hasta la cocina y empieza a contarme cómo llegó allí, de los empleos que tuvo antes. Al estar cerca y sabiendo que sus patrones (como ella los llama) están en el segundo piso, baja la voz y me revela:

—Hubo un momento que yo no aguantaba, porque yo sentía que la señora era muy, muy... ¿Cómo te diré?, muy estricta, muy ‘no hagas las cosas así’. Yo no aguantaba, pero mira, con el tiempo ya me acostumbré a ella.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Tres años, porque voy, regreso, voy, entonces no lo siento... No lo siento. Pero sí, primero no me acoplaba para nada... ya ahorita ya, tanto yo me acoplé a ella, ella se acopló a mí.

La chica lleva una gorra que la cubre del sol cuando le toca limpiar y ordenar la cochera o regar las plantas por las tardes. Habla de los viajes a su pueblo, y en tanto recuerda su lugar de origen, voy grabando estas palabras:

—Pues sí, a veces uno necesita como que un descanso, entonces, pues voy más que nada a ver a mi familia, porque ¿imagínate estar aquí cuánto tiempo y sin verlos? Aquí solamente tengo a mi papá y a mi hermano, entonces allá tengo a mi mamá, a mis hermanas y todo.

Ya es medio día, la sigo rumbo al patio, poniendo atención a sus pasos y su conversación.

—Sí, te digo que orita como es viernes, me tocan todas las puertas. Allá arriba los dos baños y las puertas.

Empiezo a sentirme observada, tengo la fantasía de que la señora de la casa nos vigila, eso mismo



sentí cuando hablábamos en el comedor mientras mi entrevistada sacudía, la señora entró de prisa a la cocina como buscando algo. Logro apartar la sensación de alguien mirándonos inquisitivamente y atiendo la conversación que ahora se centra en las enseñanzas que recibe del esposo de su empleadora: le enseña a usar la computadora y videos donde explican cómo hacer licuados nutricionales y curativos. Entonces la cuestiono:

—¿Y cómo te sientes cuando él te invita a estas clases?

—Yo me siento muy bien porque así aprendo todos los días algo nuevo. Me encanta la idea de que, pus también qué bueno que me enseña ¿no? me sirve por ejemplo las recetas que saca él, yo se lo puedo dar a mi papá que también es diabético, y pus eso me gusta.

Nuestra cita me tiene contenta. ¿Qué sentirá ella? Me animo a averiguarlo:

—¿Ahora que estamos platicando cómo te sientes?

—Pu'sí, está muy bien. Ya, ya ves, así es nuestra vida de nosotras. Las mujeres domésticas.

—¿Cómo es su vida?

—Pus todos los días, es como, bueno para nosotras es tranquilo porque es lo que nosotras hacemos todos los días. Una que está acostumbrada a hacer esto pus, es tranquilo, y a una persona que no está acostumbrada pues yo diría que se le hace muy difícil.

Su discurso me va llevando por el mar de sus reflexiones. Reconoce que para otras personas su empleo puede resultar complicado. Y reitera:

—Les es muy, muy difícil yo creo, así como pon tú que yo si fuera secretaria ¿no? Yo diría: ¡Ay no!, es muy difícil, porque pus no es lo mío ¿no? A lo mejor y no es lo mío. Entonces, pues esto es lo mío.

—¿Y desde cuándo supiste que era lo tuyo?

—Pues desde un principio. Sí, porque desde que dejé los estudios yo dije: no, entonces no es lo mío estudiar.

—¿Y qué te hizo dejar los estudios?

La chica dice en voz baja, palideciendo su tono al hablar.

—Más que nada lo económico, ya no había... y como somos seis hermanas, pus ya no, ya no había más dinero aunque yo quisiera, entonces yo dije: bueno, ya hasta secundaria, por lo menos sé leer ¿no?

Tenía que ser: la falta de oportunidades iguales para todos. La igualdad y la justicia suenan más a sueño guajiro. La veo siendo adolescente, diciéndose: "Al fin que sé leer". ¿Qué más importante herramienta para comprender el mundo? Leer entre líneas las palabras de los demás, leer los paisajes, leer los rostros, los silencios, las miradas, la sonoridad de una ciudad. Leer los señalamientos de tránsito, leer los números y las calles. Leer para llegar a un lugar desconocido en donde la esperan la incertidumbre, la odisea de recoger los calcetines tirados, de enjuagar los vasos y ponerlos a secar sin dejarlos llorosos, de agarrar la escobeta y meter las manos al escusado para desinfectarlo con cloro y jabón, de asear la casa de alguien más, así sean las 12 de la noche durante el fin de semana.

Ella empezaba a desvelarme un cachito de su vida como en un acertijo, la encrucijada que la



orientó a ser experta en orden y limpieza, y que luego la hizo afirmar: “Esto es lo mío, esto es lo mío”. Por supuesto que para convencerse de la opción casi única de ser trabajadora del hogar, se necesita entereza, voluntad para encontrarle a la vida soluciones y hasta gusto por hacer las cosas que tocan ya merito a la fuerza.

Su mirada, como una linterna, iba arrojando luz a un camino que de entrada, al menos desde mi percepción se atisba borroso, lleno de sombras y de baches, de sentencias dictadas por el destino ¿Quién o qué es el destino? ¿Es acaso una especie de caleidoscopio que se gira y dicta formas según el clima y la iluminación? ¿Un lente que vive adentro de nosotros y es impactado por lo que sucede afuera? Sea lo que sea, ella parece comprometida con su vida, aquí y ahora. A mí me queda la duda de saber si hay algo que le gustaría estudiar. Su respuesta es pronta:

—Pues sí, hay dos cosas... Ajá, de chef porque me gusta la cocina, y la otra es de cultora de belleza.

Al desenrollar sus confianzas, me pasa el caleidoscopio que guarda en su corazón y yo empiezo a ver formas que nunca imaginé, la admiro más cada vez. Ya se ha informado acerca de su sueño de ser cultora de belleza. En San Bartolo Naucalpan, hay escuelas, una de sus hermanas se viene de su pueblo para estudiar allí. Ella de paso aprovechará para hacer lo mismo, porque le parece la mejor alternativa.

—Qué interesante ¿verdad? —, me dice y reímos juntas. —Ya son dos cosas... Cultora de belleza, porque chef yo digo que está algo caro ¿no? —Se pregunta y se responde sola.

Su descubrimiento del amor a la cocina, a la mezcla de sabores concibiendo la delicia, se

dio durante su experiencia laboral. La cocina se convirtió en su sitio favorito. Me interesa saber cómo es que le atrajo el oficio de cultora de belleza, le hago saber mi curiosidad y ella apunta tan fluidamente:

—Pues no sé, como que, luego veo a personas así muy guapas. Es que hay un parquecito, y están las muchachas ahí, que traen bien bonitas las uñas, que tienen un pelo bien bonito, y yo dije: ¡oh, qué se sentirá estar así! Me gustaría aprender esto.

¿Dónde quedó el guion para entrevistarla? Ni siquiera recuerdo qué es importante, sólo hablo y es como si ella hubiera sacado el gancho para bordar y crear con el estambre que llevo, una figura proveniente de su interior. No tengo ni que reparar en la hora, sé que ella disfruta del hecho de ser escuchada, lo sé porque de repente deja de limpiar el portón y me habla más de frente. Manifiesta que sí le encantaría formarse como cultora de belleza, se da permiso de que sus ideas discurren y las suelta al viento. El oxígeno que compartimos está impregnado de su esencia, sus frases son testigo de ello:

—Ajá, yo dije, entonces qué sería bueno, ¿Trabajar, ahorrar?, o ¿Trabajar, poner un negocio y mantenerme sobre eso?

Ella rebasa la situación con su ingenio: ha aprendido a hacerse de caminos para pasar desapercibida cuando es necesario, parte del modo de sobrevivir en una casa que no es suya, en un pedazo de universo que tal vez siente ajeno. ¿Pues cómo no, si su empleo es considerado un trabajo informal? ¿Qué esfuerzo mental requiere fregar todo el día jergas para dejar una casa lustrosa? Me siento triste e indignada de que en pleno 2013, todavía se apruebe socialmente emplear clandestinamente a mujeres para que laboren casi como esclavas.



El fenómeno de la confianza, de ese acto de desvestirse frente al otro, se da entre nosotras naturalmente, aunque en ese instante ni me doy cuenta. Sus sueños afelpados que se antojan de tan suaves, vienen dando tumbos a cualquier desesperanza. Ingenuamente, pregunto si alguien de sus cercanos sabe de las imágenes que guarda en su alma. Casi estoy segura de escuchar: “Sí, lo sabe Zutana y Mengana”.

—No, no, a nadie, nadie, nadie, se lo he platicado, de hecho ni a mi mamá, ni nadie sabe. Lo que si orita tengo en mente y está en proceso, y primero Dios se logre, son unos pequeños cuartos que estoy empezando hacer. Tengo esas ideas. Orita mi propósito es ése: terminar mi cuarto.

Su confesión me deja pasmada, no por su contenido, sino porque soy la primera que conoce sus deseos de crecer, cuáles son sus ilusiones y los pasos que anda calculando dar para ser cultora de belleza o chef. Ya está registrado en mi memoria y en la grabadora que permanece encendida, el relato de algunos acontecimientos que han delineado su vida y de los porvenires que se perfila desde sus anhelos. ¿Qué más puedo hacer sino agradecer? Pero hasta eso me apena, no quiero escucharme arrogante al decir: “Gracias por compartirme tus sueños, me siento contenta de ser la primera”. No, no puedo, algo me detiene y no sé qué es. Ella enuncia de nuevo: “Nadie lo sabe más que tú”. Le agradezco y le deseo desde mi corazón que pueda lograrlo. Y con un tono serio agrega:

—Primero Dios lo lograré, primero Dios. Sí, primero Dios.

La relación “yo-tú” de la que habló el filósofo y escritor Martin Buber, nos toca y hacemos magia. Él decía: “Lo esencial no ocurre en uno y otro de los participantes ni tampoco en un mundo neutral

que abarca a los dos y a todas las demás cosas, sino, en el sentido más preciso “entre” los dos [...] En una dimensión a la que sólo los dos tienen acceso [...] En el “filo agudo” en el que el “yo” y el “tú” se encuentran.” (Buber, 1967: 68-69).

A las dos nos unen ondas de franqueza que se han asentado en el aire, y que se formaron con nuestras voces. Caminamos apaciblemente en dirección a la cocina. Me pregunta con la mirada y con palabras tan quedas que casi no las oigo, si sigo grabando. Asiento y además río, porque su gesto me es gracioso. Ella sonrío y a señas me pide que deje de grabar.

Ya entradas en su terreno predilecto, me ofrece un vaso con agua. La señora de la casa no tarda en hacer notar que esos son sus dominios: nos pasa de largo como si no le importara de qué hablamos, pero luego se acerca y yo me despido, le doy las gracias porque me ha abierto las puertas de su hogar para que realice mi investigación, aunque, ultimadamente, ¿a ella qué le importa que yo me titule como maestra? Reconozco su buena intención para contribuir a que mi proyecto de tesis se materialice, pero hay algo en ella que me confunde. Da pero no da, permite pero no permite. Cuando le pregunto qué día puedo regresar para seguir con mi investigación, sin apuro y decidida contesta:

—Ya es suficiente ¿no? ya no te hacen falta más visitas, ya está bien con lo que platicaron.

Como si cuarenta minutos le alcanzaran a alguien para contar su vida. De su pieza de madera, la lijada, la esculpida, el retoque, la barnizada. ¿Cómo es que cree que la vida de alguien a quien dice querer como a una hija, se resume en menos de una hora? Es aquí donde creo que su dar es a medias. Da, pero sin soltar lo que coge su mano. Luego, para verse buena onda, completa su comentario mirando a su hija postiza:



—Bueno, como tú quieras.

La chica me mira y siento que con los ojos me va diciendo que mejor no hable.

Ni idea tengo de cómo me fui yendo. A veces los desenlaces de una reunión te agarran por sorpresa, cuando ya tiene tiempo que te fuiste y que el otro no está. Te vas dando cuenta de que seguías allí pegado a la vivencia, por ejemplo, cuando escribes acerca de ello y al leértelo a voz de megáfono te alejas, convirtiéndote en un observador de ti mismo.

Tan sólo horas antes, abordo del taxi, pretendía pilotear mi instrumento de medición, ilusionada en esta primera fase de detective, creyéndome toda una investigadora. No suponía que tal vez ella, la mujer que me confiaría su experiencia como trabajadora del hogar deseaba que hallara corazón en sus palabras para que me siguieran. Quizá en un resquicio de su cuerpo, está escondido el sueño de ya no ser invisible para aquellos que la tratan como un objeto.

Referencias Bibliográficas

BUBER, M. (1967). *¿Qué es el hombre?* México: Fondo de Cultura Económica..

